

# Chisme y reputación. Soberanía y subjetividades rurales en la globalización\*

*Francisco Javier Gómez Carpineiro  
Michael R. Duke*

## Introducción

EN ESTE ARTÍCULO abordamos el estudio de la construcción de formas de soberanía y subjetividad en una comunidad rural mexicana en el marco de la globalización neoliberal. A partir de 20 entrevistas realizadas a mujeres y algunos hombres en torno a sus relaciones de género y sus visiones sobre éstas en el contexto de la inserción de trabajadores de San Felipe Totlazingo, Puebla, México, a un mercado laboral en Estados Unidos, nos centramos en el argumento de los cambios en la vida rural y sus conexiones a procesos más amplios. Esos cambios tienen que ver con la expresión de aspiraciones de carácter individualista que dan sustento a una forma de reproducción social basada en visiones modernas de familia nuclear. En el marco de la reconfiguración de un orden patriarcal local, los hombres orientados a producir y reforzar esa autoridad tienen que ausentarse de sus hogares, dejar a sus esposas solas y a sus hijos, e integrarse a un mercado de trabajo transnacional bajo el anhelo de construir una casa o iniciar un pequeño negocio a su retorno al pueblo.

Tratamos de utilizar las voces o los puntos de vista de las mujeres para captar las principales contradicciones, conflictos y tensiones en esas estrategias de reproducción. Ponemos énfasis en entender los alcances de rumores y reputaciones que circulan en el pueblo y entre el pueblo y el lugar al que

\*La investigación pudo llevarse a cabo gracias a fondos del Instituto Nacional sobre el Abuso de Alcohol y el Alcoholismo y del Centro Internacional Fogarty. Agradecemos a Sabeli Sosa Díaz su apoyo en el trabajo de campo. También expresamos nuestro agradecimiento a los dictaminadores anónimos, pues este artículo se enriqueció con sus observaciones y recomendaciones.

van los trabajadores con el objeto de ejercer violencia simbólica contra las mujeres. Aunque puede afirmarse que nos encontramos ante renovadas expresiones de soberanía local, estructuradas por valores y prácticas patriarcales que reforzarían políticas de abyección y sojuzgamiento, en realidad encontramos también espacios de contención y argumentación para ponerles límites. Finalmente, con un trabajo de esta naturaleza buscamos entender cómo las estrategias, esperanzas, problemas personales y angustias de familias rurales están íntimamente conectadas con el ascenso del capitalismo tardío y las transformaciones del Estado y sus formas de mando, un proyecto anticipado por otros autores que vieron la emergencia de las economías familiares conectadas íntimamente con procesos históricos globales (véase Roseberry, 1988: 429).

Como indicamos antes, los datos que presentaremos provienen de 20 entrevistas realizadas a diferentes mujeres del pueblo de San Felipe, el cual se encuentra ubicado en las estribaciones de los volcanes Iztaccíhuatl y Popocatepetl, en la entidad de Puebla, cuyos maridos se encontraban laborando en Estados Unidos.<sup>1</sup> Esas entrevistas son el resultado de dos años de trabajo etnográfico; en ese lapso sostuvimos conversaciones también con hombres que han trabajado en el extranjero, además de que se llevó a cabo observación participante tanto en San Felipe como en el sitio a donde van a laborar los sanfelipeños en Estados Unidos.

En términos metodológicos tratamos de desarrollar una perspectiva etnográfica en que las dimensiones políticas personales son comprendidas en las expectativas, los deseos y los temores desplegados por hombres y mujeres al ganarse la vida. Una inspiración así proviene de la propuesta analítica formulada por Bourdieu y varios colegas suyos (Bourdieu, 1999). Ellos trataron de comprender cómo la denominación de “lugares difíciles” —difíciles de describir y pensar—, como las urbanizaciones o conjuntos urbanísticos, ocupados por pobres, comerciantes, desempleados, migrantes argelinos y toda una amplia gama de seres, fueron objeto de imágenes simplistas y unilaterales de la violencia simbólica de un orden de dominación en la Francia neoliberal de los últimos años. La propuesta contiene una perspectiva dialógica que permite al analista reconstruir las condiciones de posibilidades que hacen surgir el punto de vista del entrevistado en torno a asuntos sobre su precariedad y desazón. En ella, el investigador trata de ser un escucha atento y metódico para detectar qué contradicciones en torno a

<sup>1</sup> Para conservar su anonimato, los nombres de las personas entrevistadas no son reales. Recibimos por escrito su consentimiento para utilizar los datos de las entrevistas, empleando los procedimientos aprobados por los comités revisores institucionales de *Hispanic Health Council*, en Hartford, Connecticut, y la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

sí mismas revelan las clases subordinadas. En este sentido, en el presente trabajo exploramos la constitución de un sujeto, no únicamente mediante la alusión a sus trayectorias colectivas, sino también a través de motivaciones y decisiones personales en cuanto al trabajo, la reproducción y el consumo en medio de formas de soberanía dentro y fuera del pueblo, que a través de una violencia transmitida por chismes y reputaciones refuerzan estructuras de dominación masculina (Bourdieu, 2000).

Hay trabajos interesantes en torno a los impactos morales y emocionales en las relaciones de género suscitados por la incorporación de miembros de comunidades rurales a procesos migratorios. Por ejemplo, Marroni (2006: 696) relaciona patrones familiares con sentimientos de amor, desamor, solidaridad y dolor que se generan en las decisiones migratorias. Por su parte, Fagetti (2000: 132) observa cómo la vida de mujeres abandonadas por su pareja, en un pueblo rural relativamente cercano a la ciudad de Puebla, debe ser reorganizada para el sostén de su casa y crianza de sus hijos en los amplios periodos de ausencia de los hombres; además de que la sexualidad de ellas se somete al constreñimiento de una “moral comunitaria” que vigila prácticas consideradas “honradas” y sanciona el adulterio, aunque sorprendentemente no cuestiona del mismo modo a maridos ausentes que se desobligan de sus deberes de dar sustento material a sus cónyuges y vástagos. En otros contextos geográficos se ha observado también que las mujeres que permanecen en sus comunidades de origen, mientras sus parejas salen en busca de empleos, se ven envueltas en relaciones sexuales, aunque sus conductas tienden a ser objeto de monitoreo por parte de sus parientes (Lurie, 2003). Además, el asunto de que el hombre encuentre otra pareja sentimental al estar fuera conlleva el riesgo de que deje en una situación económicamente precaria a su esposa e hijos, tal como lo ha confirmado otro estudio (Hirsch *et al.*, 2007).

Aunque reconocemos que la literatura sobre la migración se ha constituido como un vigoroso campo de análisis en las últimas décadas en México, y su desarrollo ha abierto líneas para estudiar particularmente sus efectos en las relaciones de género (véanse Barrera y Oehmichen Bazán, 2000; Mummert, 1988; 1999), con estudios para el caso del estado de Puebla (Binford, 2004; Binford y D’Aubeterre, 2000; Cordero Díaz, 2007; D’Aubeterre Buznego, 2000; Marroni, 2001), nosotros subrayamos en este artículo, más que la cuestión migratoria, el asunto del cambio y la reproducción del modo de vida rural en la perspectiva de la formación de trabajadores en esta fase de capitalismo global. Situamos nuestro estudio en las exploraciones de la constitución de lo que Bernstein (2009: 73) llama “clases de trabajo” (*classes of labour*).<sup>2</sup> Este tér-

<sup>2</sup>Appendini y Torres-Mazuera (2008: 17) subrayan que Bernstein indica que la cuestión

mino hace referencia a una creciente cantidad de trabajadores del sur globalizado, quienes no están totalmente desposeídos de los medios de trabajo pero tampoco tienen los recursos suficientes para garantizar su sobrevivencia, por lo que dependen —directa o indirectamente— de la venta de su fuerza de trabajo para su reproducción diaria.<sup>3</sup>

### Soberanía y patriarcado en la dinámica de la vida rural

Hansen y Stepputat (2005) plantean la necesidad de repensar el concepto de soberanía en una época como la nuestra, caracterizada por grandes cambios y el ascenso de poderes globalizados, los cuales operan en forma de redes sociales, que Hardt y Negri (2002) llaman imperio. No obstante, sugieren también poner atención en la constitución interna del poder soberano dentro de los Estados a través de los ejercicios de violencia sobre cuerpos y poblaciones. Sostienen que los detalles etnográficos y la especificidad histórica permiten captar significados y formas de soberanía en distintas partes del mundo, atravesadas por experiencias poscoloniales.

Hansen y Stepputat remarcan el carácter contingente del poder soberano y su vinculación con el Estado. La soberanía estatal, tomando como punto de referencia la historia de los Estados modernos en Europa, es en realidad una visión idealizada de Estado que toma control sobre su población y territorio con similares estrategias y patrones de acción. Por consiguiente, sugieren darle un giro a esta interpretación; consideran que la soberanía del Estado es una aspiración que busca crearse a sí misma en configuraciones de autoridad política internamente fragmentadas, desigualmente distribuidas e impredecibles, que ejercen más o menos violencia legítima en un territorio. En adición establecen que el poder soberano, ya sea ejercido por el Estado, en nombre de la nación, por poderes despóticos locales o figuras o instituciones comunitarias, es “siempre un proyecto tentativo e inestable cuya eficacia y legitimidad depende de repetidos actos [*performances*] de violencia y [una] ‘voluntad para mandar’” (Hansen y Stepputat, 2005: 3). Esos actos pueden ser

---

laboral es central en el entendimiento de la reproducción del modo de vida rural. Un trabajo que destaca esta dimensión y su enlazamiento con costos morales en familias de migrantes es el de Cordero Díaz (2007).

<sup>3</sup>Kay (2009: 122) dice que se trata de miembros de hogares rurales que han incrementado sus modos de supervivencia en múltiples sitios, y constituyen lo que se ha dado en llamar contingentes de la migración por angustia (*distress migration*), debido a que proceden de economías precarias y se ocupan generalmente en empleos inseguros, opresivos y frecuentemente de carácter informal.

públicos o espectaculares, secretos o amenazantes, así como constitutivos de racionalidades científicas y tecnológicas de administración y castigo de cuerpos, aunque siempre tienen un carácter histórico y construyen su autoridad pública mediante la capacidad de ejercer violencia sobre los cuerpos de las personas. Una cuestión que subrayan en la inestable construcción de poderes soberanos es el asiento que tiene en lo que llaman ejercicio de “violencia espectral”, aunque pensada originalmente en situaciones extremas —por ejemplo ahí donde la criminalidad justifica actos de fuerza por parte de aparatos oficiales o cuasi-oficiales—, su trasmisión a través de cuentos, rumores y reputaciones sirve para identificar diversos poderes sociales con específicas “audiencias” que despliegan deberes y obligaciones hacia varias autoridades al mismo tiempo.

Influidos por la perspectiva de Michel Foucault para el entendimiento del poder, fundamentalmente con las articulaciones entre ley, biopolíticas y subjetividad (*cf.* Foucault, 1992: 164-171), Hansen y Stepputat reparan en la libertad de los individuos para actuar en una pluralidad de maneras, por lo cual el poder no es simplemente “una forma de dominación”, también entraña formas de resistencia (Foucault, 1992: 181).<sup>4</sup> Además, para referirse a la resistencia al poder soberano, destacan las ideas de Bataille acerca de pensar en una vida más allá de la alienación, ejercida por una soberanía que descansa en cada ser humano que expresa en breves momentos, en el éxtasis sexual, deseos de rebelarse y gozar.

Aunque la temática sexual es un componente en los efectos de la soberanía, no sólo por los actos de dominación que la envuelven, sino también por el carácter conflictivo entre la articulación de las relaciones de género y las relaciones de poder más amplias, Hansen y Stepputat destacan la constitución de una comunidad política basada en una lógica de exclusión dentro de la cual emerge. Ellos hablan del surgimiento, en configuraciones variadas de poder, de zonas de soberanía sustentadas por sus propios códigos morales de derechos y obligaciones. Al apoyar sus ideas en la nociones de excepción de Agamben (1998: 17), quien indica la emergencia de figuras contemporáneas del *homo sacer*, que las despoja de cualquier derecho y define su condición de marginalidad, subrayan la cuestión de que el poder soberano —por muy fragmentado que parezca— necesita para sí mismo cuerpos y “vidas desnudas” (Hansen y Stepputat, 2005: 31). Bajo estas premisas, el ejercicio de la soberanía en los Estados modernos representaría no sólo crear sujetos cuyas

<sup>4</sup> En torno a esta reversibilidad del poder, Foucault indicó las posibilidades que en la aplicación de biopolíticas modernas emerjan contrademandas o contrapolíticas de los individuos que redunden en focos de resistencia (Gordon, 1991: 5).

éticas y responsabilidades se ajustan a los ideales de autogobierno racional. Como un proyecto inclusivo de comunidad política de ciudadanos, la producción de soberanía genera también enormes cantidades de personas pobres, marginales o sobrantes. Por lo tanto, en los procesos de constitución de un poder soberano relacionado con distintas configuraciones de autoridad, ¿en qué sentido su ejercicio se desarrolla para decidir sobre la exclusión basada en un mundo de derechos y obligaciones que definen las relaciones entre géneros y las prácticas patriarcales en poblaciones rurales?

Stern (1999) sugiere una orientación teórica para encontrar una respuesta. En su análisis sobre las relaciones de género y su enlazamiento con relaciones de poder más generales en el México de finales del periodo colonial, busca trascender visiones convencionales de las mujeres como víctimas o cómplices de la dominación. Parte de establecer que el patriarcado —un parangón local de soberanía— es un conjunto de relaciones sociales y valores culturales para el ejercicio, por parte de los varones, de un poder sobre la sexualidad, el papel reproductivo y la mano de obra femeninos; esa dominación también confiere servicios específicos y estatus superior a los hombres en las relaciones con las mujeres, en tanto que opera como modelo metafórico fundamental para la autoridad social más generalizada (Stern, 1999: 45). Una faceta importante de esta definición es que Stern (1999: 120) relaciona el patriarcado con un mundo de derechos y obligaciones de género constantemente disputados. Sobre esta base es posible entender posibilidades y límites para el despliegue de la autoridad masculina, así como el conflicto y la resistencia promovidos por las mujeres. Bajo este “pacto patriarcal”, por ejemplo, el derecho de un varón a la deferencia simbólica era condicional, pues se debilitaba si dejaba de cumplir con sus obligaciones económicas o si se infligían abusos físicos excesivos o sin causa. Lo mismo sucedía con el “derecho de un hombre” a sostener relaciones sexuales extramaritales, pues se desvanecía si esa relación ponía en peligro el bienestar de otros, fundamentalmente el de los hijos.

Stern ofrece elementos para pensar sobre la autoridad patriarcal desplegada no sólo en torno a la compañera sexual sino sobre la vida de las hijas jóvenes. De ese modo, entendemos, a modo de ilustración, que el papel de la hija no finalizaba con el matrimonio, sino que se extendía y diversificaba, ya que ella continuaba obligada a mantener contacto, obedecer la figura paterna y observar la reciprocidad y los sentimientos de obligación hacia los padres, hermanos u otros parientes consanguíneos (Stern, 1999: 142).

En este contexto disputado de derechos y obligaciones de género, Stern resalta la importancia del chisme y las conversaciones para constituir redes de solidaridad y conocimientos en las cuales se construían reputaciones y circulaban rumores sobre malos comportamientos, especialmente de esposos o

mujeres “inmorales”, adquiriendo la forma de un arma política femenina para establecer límites al patriarcado. Sin embargo, era factible discernir también el surgimiento de redes femeninas rivales de juicio, o una ruptura de las ya establecidas para dar pie a enemistadas entre mujeres (Stern, 1999: 162).

Stern otorga importancia a las conexiones entre la cultura de género y la cultura política. Sostiene que el modelo de organización social basado en el patriarcado es una metáfora útil para entender la operación de poderes sociales más amplios y su articulación con los comunitarios —hasta llegar a la familia patriarcal gobernada por un padre-anciano (Stern, 1999: 426)—. En esta metáfora subraya el peso de la voluntad de las mujeres en la propia práctica de gobierno patriarcal. Una exploración de los pactos patriarcales disputados a los que se refiere Stern puede dar paso al entendimiento de los dilemas que enfrenta hoy un patriarcado en crisis ante la economía política en el nuevo orden transnacional (Tutino, 2002: 68). De hecho, indica Stern, la posibilidad de la reconstitución de la vieja dinámica de la soberanía patriarcal en los novedosos contextos sociales puede ser parte de las historias subalternas de los moradores rurales en el siglo XX, por lo cual los patrones patrilocales de reorganización de la autoridad patriarcal —tan ansiosos por generalizar suegros, suegras y esposos jóvenes— abren nuevos derroteros para explorar renovados pactos patriarcales para la expresión de lenguajes culturales de argumentación sobre derechos y obligaciones de género.

### **Los sitios del trabajo de campo: San Felipe, Puebla, y Spoolton, Connecticut**

Los moradores de San Felipe —un lugar poblado por un poco más de 5 000 personas— se encuentran relacionados con un mercado de trabajo segmentado por líneas de género, etnia y raza (*cf.* Cordero Díaz, 2007; Gledhill, 1998; Griffith, 2002; Smith-Nonini, 2002; Stephen, 2002). Tal mercado está asociado a la aplicación de políticas neoliberales para favorecer la expansión del capital flexible tanto en Estados Unidos como en México. Dichos habitantes acuden a un lugar llamado Spoolton —nombre ficticio—, que fue hasta 1985 un importante centro textil localizado en una de las principales zonas rurales de Connecticut. En estos días, con una población de más de 15 000 habitantes, Spoolton constituye un centro comercial para la región. Aunque la ciudad está predominantemente poblada por anglosajones (61%), los habitantes de origen hispano ascendieron de 16 a 30% del total entre 1990 y 2000. Si bien los puertorriqueños constituyen el mayor número de personas de origen “latino”, los pobladores de este tipo se han incrementado am-

pliamente por la llegada de mexicanos y centroamericanos, la mayoría de ellos hombres indocumentados, muchos de los cuales laboran en alguna de las tres grandes granjas localizadas en los alrededores de Spoolton, donde se producen árboles de navidad, huevos y hongos, respectivamente. Otros migrantes de esta población laboran en la ciudad en una planta recicladora de papel, en restaurantes y en otros sitios. De acuerdo con cálculos hechos por los sanfelipeños, entre 1 000 y 2 000 paisanos suyos viven en Spoolton, en donde han creado un “San Felipe chiquito”.

### **Formación de Estado, sujetos y precarización en el neoliberalismo**

Hay un relato que suelen contar los moradores viejos de San Felipe sobre la relación entre su paisaje actual y la revolución mexicana. Durante el conflicto llegaron ahí los hermanos Domingo y Cirilo Arenas, tlaxcaltecas, que operaron militarmente por toda la zona de los volcanes de Puebla y pusieron en práctica tempranos modelos de repartos de tierra a través de la fundación de “colonias agrícolas” (Buve, 2004: 313; LaFrance, 2003: 190-192; Ramírez Rancaño, 1995: 110-111, 103-112). Entonces ordenaron —en un gesto propio de una masculinidad subalterna liberada en la revolución (*cf.* Stern, 1999: 450; Fowler-Salamini y Vaughan, 2003: 33)— a la autoridad local de ese momento trazar con unas yuntas las calles, repartir los solares urbanos y fraccionar la tierra de cultivo de la hacienda contigua, “si no lo haces así, regresaremos y te colgaremos de aquella rama”, dijeron, señalando un árbol situado en el centro del pueblo. En efecto, la autoridad del pueblo siguió esos mandatos. Entre las tierras que fueron repartidas se encontraban unas porciones que los habitantes del lugar cedieron a los propietarios de una hacienda vecina a cambio de tener la imagen de la virgen que ocupaba su capilla religiosa. De ese modo, esas parcelas que recibieron no las consideraron legítimamente suyas. No obstante, esas tierras no fueron rechazadas y, de hecho, los tempranos repartos de los Arenas sirvieron para fundamentar posteriormente la creación de ejidos durante la reforma agraria, impulsada por el Estado posrevolucionario en la zona.

De forma paralela a la reforma agraria —que sustentó la propiedad social de la tierra basada en la creación de ejidos, donde cada jefe de familia (patriarca) fue dotado de una parcela agrícola, así como de un solar urbano—, diversos comerciantes llegaron a la zona e impulsaron a través de préstamos la siembra de árboles frutales, como membrillos, perones, duraznos y manzanas (frutas especialmente demandadas para la elaboración de platillos típicos regionales, como los chiles en nogada). Este reparto agrario y una pro-



ducción ligada al mercado, mediante mecanismos de renta, fueron el sustento para que las unidades domésticas orientaran su trabajo y estrategias de reproducción social al cultivo y venta de frutas. La producción de fruta implicaba un trabajo familiar para su siembra, cuidado y corte. En esas actividades, todos sus integrantes participaban a lo largo del ciclo agrícola. Esos trabajos se combinaban con las tareas de la milpa, donde se sembraba maíz y frijol para el autoconsumo.

Con las actividades alrededor de la fruta se acuñó localmente la expresión “nos dedicamos al comercio”. Esa frase refiere a una práctica familiar en el cultivo y la venta de los frutales, pero también significa la estrecha relación individual de estas familias con el mercado. El trabajo en la fruta ha sido una preparación excelente para otros empleos. Antes de casarse, muchas veces previo a cumplir los 20 años, tanto hombres como mujeres comienzan a laborar en distintas cosas. Las mujeres trabajan de sirvientas, empleadas o en maquiladoras. Lo mismo sucede con los hombres. Muchos de ellos se emplean como albañiles, guardias de almacenes, jardineros, peones o en otras actividades, hasta antes de irse a Estados Unidos para trabajar, también, en diferentes empleos.

La modernización de la economía agrícola regional y la historia revolucionaria y posrevolucionaria crearon a productores de mercancías dependientes del mercado para su sobrevivencia y reproducción, articulados fundamentalmente en una estructura patriarcal. Asimismo, la inserción de hombres y mujeres en variadas ocupaciones reforzaron esa dependencia. En su conjunto, esas estructuras materiales estuvieron vinculadas a un poder dominante donde los ricos comerciantes hicieron carreras políticas o estuvieron ligados a hombres regionales fuertes. En buena medida, ese poder se cimentó en las acciones arenistas en la zona, pues seguidores y antiguos aliados de los hermanos Arenas se encumbraron como líderes y caciques y se convirtieron en figuras intermediarias entre la periferia y el centro político del país, desarrollando sus propias semblanzas de soberanía.<sup>5</sup> De hecho, en este lugar se

<sup>5</sup>Acta de elección de representantes del Pueblo, Expediente 88, Dotación de Ejido, San Felipe Teotlalzingo, foja 1, 29 marzo de 1927, Archivo Registro Agrario Nacional-Puebla: “Reunidos todos los vecinos del Pueblo de San Felipe Teotlalzingo, municipio de El Verde, Distrito de Huejotzingo en el Local que ocupa la presidencia auxiliar y con asistencia de la primera autoridad, que convocó para hacer conocer la voluntad de todos en lo que se refiere a la elección de Representantes que se gestionan todo lo que es necesario para que de acuerdo con la posesión provisional que nos dio el General Domingo Arenas el día 25 de agosto del presente año, cuya posesión fue hecha de acuerdo a nuestros títulos y para que se ratifique ante quien corresponda eligen todos los que suscriben la presente acta a los ciudadanos Cenobio S. Gonzáles para presidente, Antonio Morales, primer vocal. Al margen un sello que dice... 6 diciembre 1917... [al final del texto] 31 de marzo de 1917”.

recuerda con intensidad un movimiento impulsado por personajes locales para lograr, en la década de 1930, la creación de un municipio, con el fin de librarse administrativa y políticamente del lugar donde se concentraban los poderes regionales.

Con la crisis económica en México vinculada a las reformas estructurales aplicadas en el campo y con la liberalización de las fuerzas del mercado que han hecho incapaces a agricultores nacionales, especialmente campesinos temporales, de competir con agricultores de otros países, los problemas para la reproducción social se han acentuado, notándose una enorme heterogeneidad y precariedad en las formas de ganarse la vida, así como la acumulación de riqueza por parte de únicamente algunos agricultores y comerciantes. En esta configuración global de poder es factible discernir que la crisis se relaciona también con el cambio generacional y con una crisis de la masculinidad, esto último en el sentido de no lograr en el plano local los suficientes recursos para mantener a una familia propia y, por lo tanto, no se aprecian los suficientes y adecuados recursos para sobrevivir y reproducirse. En esa medida, frente a los intereses de las familias que estuvieron asociados a las políticas agraristas y desarrollistas de la época posrevolucionaria, comienzan a oponerse intereses individuales de hombres y mujeres jóvenes, configurados en el deseo o por la ilusión de “hacer algo”, ya sea para construir una casa, emprender un negocio o proporcionar educación a los hijos.

El ideal de prosperidad, afincado en lograr una posesión material, está relacionado con la precarización, la transformación del Estado y el abrazo de valores cosmopolitas difundidos por los medios de comunicación con respecto a la familia moderna. El asunto de trabajar fuera, principalmente en Estados Unidos, envuelve una paradoja. Por una parte, se busca la prosperidad, pero el riesgo siempre es fallar en ese intento. En esas experiencias sobre ganarse la vida es natural que el hombre “falle”, pero no lo es si la mujer lo hace. Entonces, un ejercicio de poder atraviesa las relaciones entre géneros, tiene la manifestación de una violencia a través de rumores o cuentos sobre mujeres infieles y la reputación construida por otros y ellas mismas.

### **“Para hacer algo”: irse para garantizar el modo de vida**

Los padres de Enoelia, una chica de 20 años, eran muy estrictos con ella y sus demás hermanas. Participaba en las labores de la casa y con frecuencia escuchaba el regaño de su madre cuando no hacía algo bien: “¡ya verás como sufres en casa de tus suegros!”. A pesar de un estricto control sobre sus acciones, que le impedían salir sola a la calle o hablar con extraños fuera del

círculo cercano de vecinos y parientes, cuando cursó la educación secundaria pudo tener muchas amigas y conocer a quien sería su primer novio y luego su esposo. El noviazgo fue breve, pues al poco tiempo se encontraban viviendo como pareja en la casa de los suegros. Entonces, la profecía de su madre se cumplió. En virtud de que su marido no tenía ni los medios ni recursos para tener una casa aparte, Enoelia pasó a ser una integrante más de su familia política. Aunque acostumbrada de sobra al trabajo doméstico, efectivamente resintió el incremento de labores domésticas, sufrió por la preparación de alimentos diferentes a los de su hogar, y transformó radicalmente su rutina de una casi adolescente a la de una joven esposa.

La historia de Enoelia no es muy distinta a la de muchas chicas con las que conversamos, y se encuentra enlazada a la de jóvenes varones en el contexto local de prácticas patriarcales. Con frecuencia, al terminar la instrucción secundaria y en algunos casos cuando están en los primeros años del bachiller, hombres y mujeres se casan o deciden vivir en pareja. Entonces, conforme a lo que se va haciendo una costumbre local, las mujeres se van a vivir al hogar de los padres del novio (sistema patrivirilocal de residencia). Al cabo de un tiempo de vivir ahí, la nueva pareja expresa el deseo de tener una casa propia (neolocalidad) y cumplir otras expectativas particulares, por lo tanto esas han sido las motivaciones más fuertes para conseguir dinero trabajando en Estados Unidos. Varias de esas mujeres expresan de distinta forma esos deseos.<sup>6</sup>

Por ejemplo, Blanca Elena tiene 22 años, se casó a los 18 años por la Iglesia y las leyes civiles. Una vez casada se fue a vivir a casa de sus suegros, su esposo se dedicaba al negocio de la fruta; nació entonces su primer hijo. Después de dos años, con una niña pequeña, fue cuando “mi esposo tomó la decisión, dijo, es que acá no vamos a hacer nada, es que nuestra casa va a estar dentro de cinco años, ¿sabes?, me voy para el otro lado”. Un caso similar es el de Mariana. Ella tiene 35 años, proviene de una familia de 14 hermanos, concluyó la secundaria. A la edad de 14 años se fue a trabajar a la ciudad de México, allí conoció al que ahora es su esposo y juntos se fueron a vivir con su suegro, tiene tres hijos. Su compañero se dedicaba al comercio de frutas, y se ha ido a Estados Unidos en tres ocasiones desde hace nueve años, fue así que comenzaron a construir su casa, que por cierto aún no habitan. Al respec-

<sup>6</sup>En torno al sistema patrivirilocal de residencia (centrado en mecanismos patrilineales de herencia y una división familiar del trabajo basado en la presencia de varias mujeres —la madre, las hijas solteras y las nueras—, véase Marroni (2003: 330). En cuanto neolocalidad, el hecho de que nuevas parejas creen una vivienda independiente, consúltese Mummert (2003: 317). Ambas autoras abordan, de distintas maneras y con mayor profundidad que nosotros, la redefinición de las relaciones de género en contextos transnacionales.

to, Mariana recuerda: “Él, cuando llegaba en la noche, me decía es que no me fue bien, es que nada más hice 100 pesos. Mira cómo se está cayendo la tierra [de las paredes de adobe de su cuarto], entonces yo no puedo hacer nada, ‘a mí me dan ganas de irme para el otro lado para hacer algo’”.

Tomar la decisión de irse en una situación de precarización económica tiene dos lógicas distintas, pero mutuamente constituyentes. Por una parte, implica para las jóvenes parejas una estrategia intermedia para fijar como destino final y no siempre realizable, crear un hogar independiente, impulsada por valores individualizantes a partir de la inserción, principalmente de los varones, al mercado laboral en Estados Unidos. Por la otra, refuerza un patrón de residencia patrilocal que desata formas de reconstitución de soberanías patriarcales que presenta tanto aspectos de violencia simbólica contra las jóvenes mujeres como abre zonas de tensión para poner límites a la autoridad masculina.

En general, las mujeres cuyos maridos se han ido a Estados Unidos a trabajar se quedan a vivir en la casa de sus suegros. Es en este contexto patrilocal donde las cosas cambian abruptamente para las mujeres, pues pasan de la autoridad de los padres a las autoridades agregadas del esposo, la suegra y el suegro, al tiempo que suman obligaciones materiales para el cuidado de ellos y de otros parientes consanguíneos. En algunos casos, las mujeres consiguen el permiso de su marido para vivir con sus padres mientras él está ausente. Sin embargo, esto implica mecanismos de coordinación que aun obligan a la joven a brindar deferencia simbólica a los suegros, por ejemplo pidiendo permiso para desplazamientos fuera del pueblo y visitarlos con frecuencia, así como apoyarlos en labores domésticas. Cabe agregar que en esas muestras de respeto suele considerarse la disposición de la esposa para que los padres reciban alguna ayuda monetaria por parte del hijo ausente.

La neolocalidad o el establecimiento de nuevos hogares, fundamentalmente por la construcción de una vivienda, no implica, empero, un patrón de independencia entre las nuevas parejas y los suegros. En muchos casos, aun estando la casa construida, el marido permanece trabajando en Estados Unidos, o bien regresa por una breve temporada al pueblo para retornar pronto al lugar de trabajo fuera del país. Especialmente para las mujeres, quienes pueden eventualmente permanecer en la casa nueva con sus hijos pequeños, sus actividades están marcadas por la dinámica de la casa de sus suegros o incluso la de sus padres. Es habitual que la joven contribuya en las labores de la casa de los patriarcas- viejos, en el cuidado de los suegros y, en ocasiones, en trabajos agrícolas relacionados con las frutas.

Como indica Stern (1999: 142), si a finales del periodo colonial “el esposo tenía derecho a demandar una explicación del paradero de su esposa fuera de la casa, a esperar que ella evitara las apariencias de la impropiedad sexual,

y a prohibir el abandono de sus hijos, ella tenía el derecho de cierta libertad de movimiento y conversación diario, compatible con el derecho y la responsabilidad hogareña”; es de esperarse que esas continuidades marquen las reconfiguraciones de las prácticas de dominación y resistencia en contextos marcados por nuevos escenarios globalizados de la reproducción social. En torno a este punto, el caso de Estela, una chica de 22 años cuyo esposo la dejó junto con sus hijos en casa de sus suegros, refiere a los términos conflictivos, tensos y disputados en que se manifiesta la autoridad masculina. Acostumbrada a trabajar antes de casarse y a desplazarse con relativa facilidad fuera de su casa gracias a la libertad conferida por el hecho de trabajar en una maquiladora, mira en su situación de casada trabas que la sujetan y la vuelven infeliz. Rogó a sus padres que le permitieran trabajar, cosa que le negaron bajo el argumento de que tenía un esposo que trabajaba para mantenerla. De acuerdo con conversaciones con amigas suyas, supimos que sus padres le negaban el permiso porque ella no mostraba ninguna “obligación” hacia ellos; es decir, no les ayudaba con dinero. Pese a esa actitud de los padres, logró trabajar en un pequeño comercio cercano a su casa, además participó en la organización de la peregrinación al santuario de la virgen de Guadalupe, ubicado en la ciudad de México, y esa actividad le permitió salir con frecuencia de su casa para recoger cuotas de los peregrinos en el proceso anual de preparar su travesía.

Para las amigas de Estela, sus padres estaban respondiendo a la falta de obligación de una hija, la cual no cesaba incluso estando ella casada. En algún sentido, sus amigas formularon un juicio moral contra ella, a quien consideraron “mala hija”. Como nos lo explicó una de sus amigas —una chica soltera—, se habló mal de Estela porque se lo mereció. En ese mundo rural de derechos y obligaciones de género, del cual hablaba Stern, los chismes y las reputaciones sobre malas mujeres circulan, son centrales en los intentos de la reconfiguración patriarcal y muestran las percepciones de sujetos inmersos en los dramas cotidianos de ganarse la vida. Trataremos de establecer en la siguiente sección cuándo se activan esos chismes, qué violencia simbólica conllevan y cómo operan en la reconstitución de la subjetividad de una mujer, al hacerse auto-responsable de su proyección moral como buena hija, buena hermana y buena esposa.

### **“Estar en la boca de la gente”. Chismes, estructuras y prácticas de vigilancia**

Tal como en los discernimientos de Stern sobre el chisme (1999: 206-207), en el pueblo existen todavía redes sociales, compuestas fundamentalmente por

mujeres, basadas en la conversación donde circulan rumores y se generan conocimientos sobre las personas para la constitución de una reputación. Además, con el teléfono, en su versión fija o móvil, la comunicación entre quien vive en Spoolton y quien vive en San Felipe es constante. El uso del teléfono transmite muchas cosas, entre ellas chismes y reputaciones, lo cual ha reconfigurado esas redes o ha creado otras en las que también participan esposos-jóvenes (viviendo fuera del pueblo), padres y suegros.

En varios casos, distintas mujeres nos platicaron que por medio del teléfono sus maridos les dijeron que habían escuchado rumores de que ellas los engañaban. Claudia tiene 20 años y dos hijos. Su esposo ha ido en tres ocasiones a Estados Unidos, pues espera construir la casa. Ella se quedó a vivir en el hogar de sus suegros. Una vez le habló por teléfono su esposo, enojado, porque estando allá escuchó que hablaban mal de ella.

Le dije preguntale a tu papá, tu papá más que nadie sabe y se da cuenta. De hecho, sí, hay una persona que trata de separarnos, tu ex novia. Voy y le digo por teléfono: una persona le dijo a una persona, y esa persona ya me dijo a mí. ¿Sabes qué? Anda diciendo fulana que tú andas con tal muchacho, y sí me dio un coraje, lo que pasa es que quiere meter chismes entre él y yo para que nos separemos, y ella piensa regresar con él.

La base para la construcción del chisme, empero, comienza en el pueblo. Alba, una chica de 23 años que tiene muchas amigas con esposos en Estados Unidos, nos dijo que entre las pláticas frecuentes sobre las personas se encuentra establecer si se es buen o mal hijo o hija. Tal condición se logra a partir del apego o desapego a esas obligaciones y derechos de los que hablaba Stern. Generalmente, los suegros o los padres pueden empezar una cadena de rumores para constituir una buena o mala imagen de sus hijos o hijas, yernos o nueras. Si los padres o suegros creen no sentirse bien retribuidos por las obligaciones de sus vástagos de apoyarlos en su edad madura o vejez, puede ser eso detonante para el comienzo de habladurías.

También es común que los hombres laborando en Spoolton creen sus propias redes basadas en chismes. De ese modo, es fácil que entre ellos circulen habladurías provenientes del pueblo en torno a una chica cuyo marido probablemente sea un amigo, vecino o familiar. Catalina, quien vivió por un tiempo en Spoolton y nos advirtió sobre esas redes masculinas de chisme, fue víctima de un rumor. Así lo cuenta: “Hubo un muchacho que había sido mi novio, empezó a hablar cosas mías, y le llegaron a él esos rumores. Fuimos a una casa [cuando el esposo regresó para aclarar eso], me llevó a mí, para que se lo dijera, y sí nos enfrentó. No, no quisiera yo que se repitiera, es algo bien difícil. Se resolvió. Solamente el muchacho estaba un poco dolido”.

Juana ofrece también referencias de esas redes. “Él [su esposo] se entera que tanta mujer engaña a sus maridos, ellos están allá y aquí cual más los engaña, piensa que yo lo voy a hacer; como le digo, por respeto a ti y a mis hijos yo no soy capaz de hacer eso, ¿qué gano yo con hacerlo?, nada más voy a destruir a mis hijos”. Para Juanita, la infidelidad de la mujer se manifiesta con poca frecuencia y más bien los rumores son comúnmente calumnias. Cuenta que en cierta ocasión le dijo a su marido por teléfono: “Tú me calumnias, por qué no vienes y ves los hechos, yo soy gente, no es necesario que me calumnies como animal”.

### **Control y vigilancia de la feminidad. Redefinición de la soberanía y la subjetividad**

Con la separación de las parejas, como parte de esas estrategias reproductivas en la organización de los modos de ganarse la vida, se activa y refuerza una estructura de control local, la cual descansa en la dominación patriarcal. Los esposos encargan a sus esposas a sus padres y a sus suegros. Ellas asumen esa condición de vigilancia y autocontrolan sus acciones. No obstante, los límites a ese control son cotidianamente redefinidos por las voluntades y prácticas de las mujeres. En esta paradoja no sólo parece reconfigurarse una soberanía patriarcal tendiente a reproducir y reforzar la dominación de los varones. Las acciones simbólicas de las mujeres, centradas en fortalecer su imagen de obedientes y pacientes esposas, así como buenas madres, se oponen a esas formas de violencia hacia ellas.<sup>7</sup>

Como alguien nos dijo, no quiero que mis padres ni mis hermanos vean en mí a una mala hija o a una mala hermana. Alicia es una joven de 22 años. Cuando su pareja decidió irse para construir una casa y comprar una unidad de transporte público (“combi”) para trabajar en ésta a su regreso, no sabía que ella estaba embarazada. Al saber que se encontraba encinta, su esposo tuvo suficientes motivos para demandar su vigilancia por parte de sus familiares.

<sup>7</sup> Para llegar a la idea de las luchas simbólicas que se desatan para mejorar posiciones de reconocimiento ante los demás, fueron valiosos los argumentos de Sabeen (1992: 95) para ver la cultura como un material para el argumento que ayude a comprender dinámicas de poder, distribución de los recursos y naturaleza de la jerarquía. También fueron valiosos los argumentos que esgrime Bourdieu (2000: 47-48) sobre la oposición de las mujeres a la violencia simbólica. Fue igualmente inspirador el trabajo de Escalona Victoria (2009, cap. 8) acerca del papel del chisme y la construcción de reputaciones como armas políticas en culturas locales.

Al principio, cuando él se fue no sabía que yo estaba embarazada, entonces lo que él me decía era no te vas a ir con tu mamá, quién sabe hasta qué horas vengas, o vas a andar en la calle, o que ya te vas a San Martín [la ciudad cercana] tú sola, procura ir con tu hermana aunque sea, ya después cuando le di la noticia ya no me dijo nada, porque como me dijo él “ahora sí te tengo segura”. Mi suegra vive en la misma casa y mi cuñado enfrente.

Blanca Elena, quien vive con sus suegros, asume que la misma vigilancia ocurre en casa de ellos y en la de sus padres. Entre ambas familias se teje una red eficaz de control sobre las experiencias de las mujeres en su vida cotidiana: “Sí, yo me quedé con ellos [mis padres], nunca me ha dejado para allá [con mi suegro], me dice está bien que te quedaste, bueno en mi casa, con mis hermanos [y padres], sería una vergüenza que tuvieran una hermana mala, le digo, ¿crees que si hubiera estado allá con mis papá me hubieran permitido andar en la calle?”

Blanca Elena subraya una cuestión que diferentes testimonios han establecido sobre esa forma de soberanía local. Entre los parientes de las mujeres se diseña una geografía de recato en la cual se determinan los lugares adecuados donde puede estar una mujer con pareja en Estados Unidos y los lugares no permitidos para ella. Ese espacio de control, como hemos venido afirmando, pareciera delinear también formas de auto-regulamiento del comportamiento femenino: “A la fiesta que vaya, tengo que ir con mi suegra, con mis hijos, nunca que ya me vaya sola, a San Martín igual. Vamos juntas mi suegra y yo, y yo ya me hallé, no es que me moleste. Le digo a mi mamá, mejor, que se vaya conmigo, porque al rato me ve ella que ya me fui sola a San Martín y va a decir, ora, ¿por qué no me dijo?, ¿no siempre andamos las dos juntas?”

### **“Yo salí limpia”: no poner en riesgo los deseos por vivir mejor**

En este pueblo, como en muchos otros lugares de México, suelen decir coloquialmente que tanto la mujer como el hombre pueden “fallar” (véase González-López, 2005: 113-117) y, entonces, poner en riesgo la continuación de la vida en pareja y las aspiraciones por progresar. En las relaciones entre pareja impera la idea de la unión para prosperar y alcanzar una vida mejor, de acuerdo con visiones culturales hegemónicas desplegadas por diferentes medios en este contexto globalizado.

Catalina, cuyo esposo dudó de su conducta, supo por su propia boca que la había traicionado con otra mujer. Entonces, ella reflexiona sobre ese asunto: “Yo salí limpia, no tengo ninguna mancha, no tengo por qué agacharme,



porque el que falló es él, yo no fallé. Yo creo que aquí en el pueblo ha habido algunas ocasiones que la que falla es la mujer, y pues el esposo lo que tiene que hacer es cortarla. No, no es mi caso”.

Sentirse traicionadas por su pareja genera duros desengaños. Además, hay un daño fuerte a la autoestima, pues las mujeres empiezan a pensar en su cuerpo como maltrecho y deforme, y se ven a sí mismas feas. Cuando conocimos a Ernestina, su esposo tenía casi 10 años en Estados Unidos, ella era madre de tres hijas, incluida una joven de 17 años, además cuidaba al hijo de una de sus cuñadas que se fue también a Estados Unidos a trabajar con su esposo. Ella tuvo una decepción, su esposo la engañó. “Me sentí triste porque yo le decía qué es lo que tenía ella, que no lo tenía yo; él nada más agachaba su cabeza y me decía: perdóname, ya no lo vuelvo a hacer, le decía cómo lo vas a volver a hacer, ya no te vas a ir, pues usted sabe que siempre falta el dinero, y se fue la segunda vez”.

En cierta forma opera un sentimiento de culpa, al considerar que la sexualidad tiene una parte vital en la relación entre parejas. Por consiguiente, ellas piensan que su imagen física descuidada, así como la falta de relaciones sexuales contribuye a que sean engañadas. Escuchar ese tipo de opiniones sobre sí mismas, nos llevó a preguntar por qué se sentían ellas así, la misma Catalina ofreció una explicación:

El hombre siempre tiende a tener otras y como siempre la curiosidad, y siempre quiere arriesgarse. Yo tuve la oportunidad de platicar con algunos, y claramente me lo dijeron que porque sus esposas ya estaban gordas, porque ya no se cuidaban, que por lo mismo de que ya están gordas ya no aguantan el mismo ritmo, la misma agilidad; otras que porque no saben y que ellos antes eran de emociones fuertes y pues que ahora se casaron y como que las de la calle siempre te hacen circo, maroma y teatro, siempre al menos pues como que una escapadita sí te das.

Si el hombre tiene deseos de compañía, la mujer también. A quienes les preguntamos y desearon contestar sobre la trascendencia de lo sexual en asegurar una estabilidad de la pareja dijeron que era mucha. Particularmente, Malena indicó que “es difícil quedarte sola, en el momento en que no estás acos-tumbrada a no tener a tu esposo en lo sexual, y de momento nada. Una como mujer debe sentirse como mujer, ellos tienen más libertad, aunque si no hay nada de eso [relaciones sexuales] entonces comienzan los problemas”.

No obstante esas opiniones sobre la importancia de la sexualidad para la mujer, como dijo alguien, aquella que se atreve a buscar su realización furtiva, sería abandonada por su compañero. Entonces pasaría a ser una mujer estigmatizada, “¿cómo crees que puedan hablar los hombres de ella? En cambio si es un hombre no van a decir lo mismo de él”.

Rocío se fue con su padre a Estados Unidos a la edad de cuatro años, regresó a los 14 al pueblo. Se juntó con su pareja a los 18 y ya tiene un hijo de siete años. Su esposo hace seis que se fue a trabajar allá. El testimonio que transcribimos a continuación, ofrecido por ella, detalla que las ideas sobre la infidelidad, con la consecuente estigmatización que pudiera producirse contra mujeres infieles, están relacionadas con la estabilidad que se demanda exclusivamente al comportamiento de ellas para no poner en riesgo los proyectos para prosperar, o al menos sobrevivir.

El hombre es más infiel. En la mujer se ve mal, si se entera el hombre la deja, hablan de la mujer y dicen que “anda de loca”. Por ejemplo, si aquí se entera que estoy siendo infiel me van a decir que soy una “loca”, me van a correr mis suegros y la gente va a decir “¿pero qué más quería? Si estaba bien, tenía su casa, le mandaba su dinero”, me quitarían al niño. Si es el hombre el que está engañando a la mujer, pues la mujer se aguanta por los hijos.

Si en términos espaciales la estructura de control patriarcal delinea los lugares permitidos para el desplazamiento, de la esposa-joven fuera de la casa, las mujeres mismas redefinen constantemente esos contornos. Ante los testimonios arriba leídos de mujeres sumisas, cuyos movimientos y acciones están acotados por la vigilancia de un orden masculino e interiorizadas en ellas esas disposiciones, en realidad los comportamientos diarios de las chicas oponen otra cosa. Del mismo modo en que una joven-esposa discutió fuertemente con sus padres para lograr trabajar fuera de la casa e incorporarse a una organización de peregrinos, otras miran en sus actividades diarias formas de enfrentar esa autoridad. Ante la ilusión que tiene Marta de que pronto regrese su marido de Estados Unidos, ella vende tortillas en un pueblo más grande, cosa que le permite por unas horas librarse del yugo patriarcal y ganar algo de dinero. Blanca accede a salir acompañada de sus hijos, suegra o cuñadas, aprovechando esos momentos para “distraerse”; tal como en su caso Liza afirmó, “si voy a una fiesta puedo tomarme hasta dos o tres copas, sin ningún problema, pues no estoy haciendo algo malo”.

Mujeres como ellas, ante la ausencia recurrente de sus esposos, proyectan una visión idealizada de la pareja en la que la sexualidad es fundamental. Ciertamente, esas opiniones parecieran corresponder a una mujer moderna, aquella que, por ejemplo, lee revistas femeninas sobre consejos de belleza, recetas de cocina, noticias sobre celebridades de la farándula o la realización erótica. Sin embargo, poco tienen que ver con las experiencias cotidianas de mujeres que surgen de las relaciones entre géneros en esta faceta de reproducción histórica en lugares como San Felipe.

En suma, frente a la amenaza constante de ser objeto de chismes y hacerse de una reputación de “mala mujer”, ellas ponderan su papel de estabilizadoras del hogar, “él puede andar con otra, no yo”, “bonita me voy a ver aquí que ya me están abrazando los hombres”. Afirman entonces su fortaleza ante la soledad y las tentaciones sexuales, así como su recato para proteger a sus hijos y su futuro. Ante las imágenes construidas por reputaciones de otros dentro del orden local de poder patriarcal, subrayan sus deseos de aparentar ser buenas personas.

### **Neoliberalismo, experiencias y subjetividad en la reorganización del poder soberano**

La operación de un orden global con mercados segmentados y trabajadores flexibles —en tanto aptos para los patrones de acumulación—, se sostiene en una hegemonía cultural cuyo acento estriba en la libertad y la individualidad. Con la aplicación de las reformas neoliberales en México, conducidas bajo la orientación de los ajustes estructurales determinados por organismos de financiamiento internacional, se están contemplando los efectos y la propagación de estas transformaciones en la reconstitución de subjetividades en zonas rurales, muchas de ellas marcadas por una historia social relacionada con estructuras estatales centralistas y verticales, así como proyectos de modernización agrícola diversos y con resultados desiguales. Ong (2006: 6-12) plantea que la exploración etnográfica revela las interacciones novedosas entre el neoliberalismo, entendido como una amplia técnica del gobierno de las conductas, y otros tipos de regímenes éticos. Ella busca trascender la visión del neoliberalismo como un arquetipo a veces plasmado en nociones de Estado neoliberal; o bien en la existencia de una tipología de culturas neoliberales del norte que engendra respuestas variadas en países del sur. Entonces, propone contextualizar su operación dentro de las relaciones sociales, las cuales, sobre todo, cristalicen en problemas referentes a la ciudadanía —como un entendimiento particular que ella confiere a la subjetividad— y en el despliegue de regímenes de vida y sus contenidos éticos. En este trabajo observamos la construcción de una subjetividad desplegada en el deseo de prosperar bajo el esfuerzo individual de mujeres y hombres. Dicha subjetividad refuerza estructuras de dominación masculina que a la vez agudiza las contradicciones y redobla el carácter subordinado de las mujeres mostrando, muchas veces en el plano íntimo, una faceta más de la exacerbación de los antagonismos entre el capital y el trabajo en esta fase histórica.

En el contexto de la formación del Estado posrevolucionario en México, los modos de organización de la sobrevivencia estuvieron sostenidos en la figura patriarcal para el control de las facetas de la producción y reproducción social. La crisis del modelo de desarrollo asociado a esa forma de Estado implicó también la crisis de la masculinidad, que se conectó a la precarización de economías locales y/o regionales. No obstante, como medio de dominación o control, su fortaleza aumentó en el marco de las experiencias laborales que caracterizan esta época, fundamentalmente porque las mujeres fueron situadas como objeto de vigilancia más aguda, y las expectativas de ellas para alcanzar independencia económica podrían sólo asegurarse con conductas éticas referidas a su obediencia y fidelidad. No obstante, ante lo que pareciera una reconfiguración del patriarcado, en una versión local de soberanía, contemplamos en realidad una contradicción y un antagonismo que expresa el rechazo por parte de las mujeres, a veces en términos sutiles y simbólicos, de la dominación masculina empotrada en las relaciones sociales del capitalismo tardío.

Dentro de este proceso, la inserción de poblaciones rurales a nichos laborales fuera de México es una tendencia. Una cuestión relevante sobre ese orden global es el acento en forjar prácticas soberanas y subjetividades a través de la creación de actores formalmente libres, lo que es factible percibir, ciertamente, en las relaciones sociales. Como sostiene Narotzki (2004: 248), tales relaciones por su historicidad producen y reproducen la vida real. Bourdieu (1999: 10) recuerda las experiencias dolorosas que en el mundo pueden tener quienes —por ejemplo las mujeres— ocupan una posición inferior y oscura en cualquier manifestación del espacio social. En este trabajo tratamos de enfocarnos en comprender en qué sentido las experiencias de ellas y sus compañeros redefinían localmente formas de mando y aumentaban las contradicciones y los antagonismos al interior de la clase trabajadora.

El individualismo, referido al despliegue de expectativas para progresar y sustentar una forma de reproducción basada en visiones modernas de familia nuclear, es una construcción cultural hegemónica vinculada a las relaciones sociales de producción. Ese individualismo se ligó a la precarización y la incapacidad por parte de varones de las nuevas generaciones de forjar autoridad en el control de la organización de la reproducción en tiempos de las políticas neoliberales. Teniendo a cuestas la experiencia histórica que los ha relacionado con el mercado en distintas formas, la incorporación de personas de San Felipe a un nicho laboral internacional ha develado el empalme de soberanías en que se está redefiniendo la subjetividad. Este trabajo únicamente se ha asomado a esta articulación. La transformación del Estado, la creación de mercados laborales apuntalados en segmentaciones raciales y étnicas para negar

derechos y generar formas de exclusión están creando novedosas constelaciones de relaciones sociales con distintas expresiones espaciales. De hecho, la violencia simbólica de un poder, con toda su apariencia abstracta, no tiene la sola dirección de arriba hacia abajo, se encuentra presente en las relaciones sociales y en el enfrentamiento cotidiano entre diversas personas. Por lo tanto, nuestro modesto estudio en torno al papel del rumor y la reputación como centrales en la redefinición de modos de mando local y su relación con la producción de la vida social ofrece sólo un ángulo analítico, y sin duda hay muchos desde donde mirar las complejas redefiniciones de dominación y lucha en las zonas rurales mexicanas.

Esto tal vez tenga un interés tanto académico como político. Explorar las construcciones culturales y su enlazamiento a procesos materiales es sumamente necesario. Como lo han afirmado autoras inspirados en Antonio Gramsci e interesadas en mirar cómo se construye una concepción del mundo contrahegemónica (Crehan, 2004: 136-139; Narotzky, 2004: 305), los problemas para la construcción de una voluntad colectiva pasan por la existencia de problemáticas conciencias sociales, cuya formación está relacionada con una cultura igualmente contradictoria y cuyos significados son disputados. Tal vez identificar las bases de esa contradicción y esas disputas sea un paso importante para avanzar en la constitución de un sujeto más autónomo, en la medida que esas expresiones de violencia no sólo favorecen la dominación, sino que provocan variadas formas de oposición. La realización de la autonomía no es imposible, al menos desde una aspiración histórica y específica. Cuando las mujeres hablan acerca de lo que consideran triste en esta situación en la que sus parejas tienen que irse fuera para “hacer algo”, sus palabras contienen también los deseos de vivir diferente, sin injusticia ni dolor.

Recibido: julio, 2009

Revisado: octubre, 2009

Correspondencia: FJGC, Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades “Alfonso Vález Pliego”/Benemérita Universidad Autónoma de Puebla/2 Oriente/410/Centro Histórico/C.P. 72000/Puebla/Puebla (México)/correo electrónico: panchog39@hotmail.com; MD, Prevention Research Center/University of California at Berkeley/1995 University Avenue/Suite 450/Berkeley/California/94704/Tel. (510) 883-5756/correo electrónico: mduke@prev.org

## Bibliografía

- Agamben, Giorgio (1998), *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida I*, Valencia, Pre-textos.
- Appendini, Kirsten y Gabriela Torres-Mazuera (2008), “Perspectivas multidisciplina-rias de una realidad fragmentada”, en Kirsten Appendini y Gabriela Torres-Mazuera (eds.), *¿Ruralidad sin agricultura? Perspectivas multidisciplina-rias de una realidad fragmentada*, México, El Colegio de México, pp. 13-26.
- Barrera Bassols, Dalia y Cristina Oehmichen Bazán (coords.) (2000), *Migración y relaciones de género en México*, México, Gimtrap, IIA-UNAM.
- Bernstein, Henry (2009), “V. I. Lenin and A. V. Chayanov: Looking back, Looking forward”, *Journal of Peasant Studies*, vol. 36, núm. 1, pp. 55-81.
- Binford, Leigh (ed.) (2004), *La economía política de la migración internacional en Puebla y Veracruz: siete estudios de caso*, Puebla, Conacyt, Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades (ICSyH)-Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (BUAP).
- Binford, Leigh y María Eugenia D’Aubeterre (2000), *Conflictos migratorios trans-nacionales y respuestas comunitarias*, Puebla, BUAP.
- Bourdieu, Pierre (dir.) (2000), *La dominación masculina*, Barcelona, Anagrama.
- (1999), *La miseria del mundo*, Madrid, Akal.
- Buve, Raymond Th. J. M. (2004), “¡Ni Carranza ni Zapata!: ascenso y caída de un movimiento campesino que intentó enfrentarse a ambos, Tlaxcala, 1910-1919”, en Friedrich Katz (ed.), *Revolución, rebelión y revolución. La lucha rural en México del siglo XVI al siglo XX*, México, Era, pp. 306-335.
- Cordero Díaz, Blanca (2007), *Ser trabajador transnacional: clase, hegemonía y cultura en un circuito migratorio internacional*, México, Conacyt, ICSyH-BUAP.
- Crehan, Kate (2004), *Gramsci, cultura y antropología*, Barcelona, Bellaterra.
- D’Aubeterre Buznego, María Eugenia (2000), *El pago de la novia. Matrimonio, vida conyugal y prácticas transnacionales en San Miguel Acuexcomac, Puebla, Zamora*, El Colegio de Michoacán, ICSyH-BUAP.
- Escalona Victoria, José Luis, (2009), *Política en el Chiapas rural contemporáneo. Una aproximación etnográfica al poder*, México, Cátedra Interinstitucional Arturo Warman, UNAM, El Colegio de México, INAH, UI, CIESAS, UAL, CEAS.
- Fagetti, Antonella (2000), “Mujeres abandonadas: desafíos y vivencias”, en Dalia Barrera Bassols y Cristina Oehmichen Bazán (eds.), *Migración y relaciones de género en México*, México, Gimtrap, IIA-UNAM, pp. 119-134.
- Foucault, Michel (1999), *Historia de la sexualidad. I. La voluntad de saber*, México, Siglo XXI.
- (1992), *Microfísica del poder*, Madrid, La Piqueta.
- Fowler-Salamini, Heather y Mary Kay Vaughan (2003), “Introducción a la edición original en inglés”, en H. Fowler-Salamini y M. K. Vaughan (eds.), *Mujeres del campo mexicano, 1850-1990*, Zamora y Puebla, El Colegio de Michoacán, ICSyH-BUAP, pp. 27-46.
- Gledhill, John (1998), “The Mexican Contribution to the Restructuring of US Capita-

- lism: NAFTA as an Instrument of Flexible Accumulation”, *Critique of Anthropology*, vol. 18, núm. 3, pp. 279-296.
- González-López, Gloria (2005), *Erotic Journeys. Mexican Immigrants and their Sex Lives*, Berkeley, Los Angeles, Londres, University of California.
- Gordon, Colin (1991), “Governmental Rationality: an Introduction”, en Graham Burchell, Colin Gordon y Peter Miller, *The Foucault Effect. Studies in Governmentality*, Chicago, The University of Chicago, pp. 1-51.
- Griffith, David (2002) “El avance del capital y los procesos laborales que no dependen del mercado”, *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, vol. XXIII, núm. 90, pp. 17-53.
- Hansen, Thomas B. y Finn Stepputat (2005), “Introduction”, en Thomas Blom Hansen y Finn Stepputat (eds.), *Sovereign Bodies. Citizens, Migrants, and States in the Postcolonial World*, Princeton y Oxford, Princeton University, pp. 2-36.
- Hardt, Michael y Antonio Negri (2002), *Imperio*, Buenos Aires, Paidós.
- Hirsch, Jennifer S., Sergio Meneses, Brenda Thompson, Mirka Negroni, Blanca Pelcastre y Carlos del Río (2007), “The Inevitability of Infidelity: Sexual Reputation, Social Geographies, and Marital HIV Risk in Rural Mexico”, *American Journal of Public Health*, vol. 97, núm. 6, pp. 986-996.
- Kay, Cristobal (2009), “Development Strategies and Rural Development: Exploring Synergies, Eradicating Poverty”, *The Journal of Peasant Studies*, vol. 36, núm. 1, pp. 103-137.
- LaFrance, David G. (2003), *Revolution in Mexico’s Heartland. Politics, War, and State Building in Puebla, 1913-1920*, Wilmington, Delaware, SR Books.
- Lurie, Mark N. (2003), “Migration and AIDS in Southern Africa: Challenging Common Assumptions”, *BRUNAP News Spring*, núms. 13-14.
- Maroni, Maria da Gloria (2006), “Migrantes mexicanas en los escenarios familiares de las comunidades de origen: amor, desamor y dolor”, *Estudios Sociológicos*, vol. XXIV, núm. 72, pp. 667-699.
- (2003), “Los cambios en la sociedad rural y el trabajo doméstico en Atlixco, Puebla, 1940-1990”, en Heather Fowler-Salamini y Mary Kay Vaughan (eds.), *Mujeres del campo mexicano, 1850-1990*, Zamora y Puebla, El Colegio de Michoacán, ICSyH-BUAP, pp. 323-342.
- (2001), *Las campesinas y el trabajo rural de México a fin de siglo*, Puebla, BUAP.
- Mummert, Gail (2003), “Del metate al destape: trabajo asalariado y renegociación de espacios y relaciones de género”, en Heather Fowler-Salamini y Mary Kay Vaughan (eds.), *Mujeres del campo mexicano, 1850-1990*, Zamora y Puebla, El Colegio de Michoacán, ICSyH-BUAP, pp. 295-322.
- (1999), “Juntos o despartados: migración transnacional y la refundación del hogar”, en Gail Mummert (ed.), *Fronteras fragmentadas. Identidades múltiples*, Zamora, El Colegio de Michoacán, CIDEM, pp. 451-473.
- (1988), “Mujeres de migrantes y mujeres migrantes de Michoacán: nuevos papeles para los que se quedan y las que se van”, en T. Calvo y G. López (coords.), *Movimientos de población en el Occidente de México*, París y Zamora,

- Centre D'Études Mexicaines et Centroaméricaines, El Colegio de Michoacán, pp. 281-297.
- Narotzky, Susana (2004), *Antropología económica. Nuevas tendencias*, Barcelona, Melusina.
- Ong, Aihwa (2006), *Neoliberalism as Exception. Mutations in Citizenship and Sovereignty*, Durham y Londres, Duke University.
- Ramírez Rancaño, Mario (1995), *La revolución en los volcanes. Domingo y Cirilo Arenas*, México, UNAM.
- Roseberry, William (1988), "Issues and Agendas. Domestic Modes, Domesticated Models", *Journal of Historical Sociology*, vol. 1, num. 4, pp. 423-432.
- Sabeau, David Warren (1992), *Power in the Blood. Popular Culture and Village Discourse in Early Modern Germany*, Cambridge, Cambridge University.
- Smith-Nonini, Sandy (2002), "Nadie sabe, nadie supo: el programa federal H2A y la explotación de mano de obra mediada por el Estado", *Relaciones*, vol. 23, núm. 90, pp. 55-86.
- Stephen, Lynn (2002), "Globalización, el Estado y la creación de trabajadores indígenas 'flexibles'. Trabajadores agrícolas mixtecos en Oregon", *Relaciones*, vol. 23, núm. 90, pp. 87-114.
- Stern, Steve J. (1999), *La historia secreta del género. Mujeres, hombres y poder en México en las postrimerías del periodo colonial*, México, FCE.
- Tutino, John (2002), "Globalizaciones, autonomías y revoluciones: poder y participación popular en la historia de México", en Leticia Reina y Elisa Servi (coords.), *Crisis, Reforma y Revolución. México: historias de fin de siglo*, México, Taurus, Conaculta e INAH.